

LA CRONICA

PERIÓDICO POLÍTICO Y DE INTERESES GENERALES DE LA PROVINCIA

AÑO XIII

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Guadalajara: un mes 50 céntimos.
En toda España: trimestre 1'50 pesetas,
y año 5'50.
Extranjero: año, 11 pesetas.
Ultramar: año, 9 pesetas.

Guadalajara 17 de Marzo de 1897
Oficinas: JAUDENES 18, pisos segundo y bajo
Se publica los miércoles y sábados
Pago anticipado

PRECIOS DE ANUNCIOS
Línea corta en cuarta plana, 5 céntimos;
en tercera, 15; en primera, 25.
Esquelas de defunción, pequeñas, en cuar-
ta plana, 2'50; en tercera, 5.
Reclamos y comunicados, 25 céntimos.

N.º 957

APROVECHAD LA OCASION

del traspaso que al retirarse a sus posesiones va a hacer D. S. Ramirez, de su Establecimiento, hasta el 23 del corriente, y obtendréis de los precios señalados en los Catálogos y extractos circulados las siguientes importantes rebajas hasta ese día: El 20 por 100 en el nuevo y gran Mapa Geográfico, Estadístico y Nueva edición, propiedad de esta casa, y único punto de venta en toda España. Y en las Cartas-cartapacios para mesas de escritorio; en las magníficas mesas recueltas al cromó, estampación oro; en los pliegos cuadrúpleos de estampas finas al cromó para premios, etc.

También el 20 y 25 por 100 de bonificación respectivamente en La Novísima Aritmética teórico-práctica decimal, y en el libro de lectura El Tesoro de las familias, impreso en 9 diferentes tipos de letra. Especialidad en Decoraciones, con el 15 por 100 de rebaja, y otros muchos artículos hasta el 25, como último día, en la librería de

Don Saturnio Ramirez

Mayor baja, 21. — Plaza de S. Andrés.

Se suplica a las muchas Corporaciones, Escuelas y particulares que tienen cuentas pendientes de abono en esta su casa, las solventen en los días que faltan de este mes.

LOS ESTADOS UNIDOS Y CUBA

El estudiado mutismo de la proclamación al problema cubano, le deja ancho y cómodo campo para obrar del modo que mejor le cuadre en sus relaciones con España; por lo tanto, lo cuerdo es esperar a ver el rumbo de su política con nosotros. La ambigüedad en que tan importante asunto queda envuelto, no es el aspecto más grato que pudiera tomar; en suma, no es más que una argucia para ganar tiempo con una intención que lo mismo puede estar inspirada en consideración y respeto a España, que en odio oculto para asegurar la presa que pretende lograr.

Sobre el alcance de las declaraciones de Mac Kinley habla extensamente la prensa extranjera y cada periódico hace a su sabor los comentarios que le placen; mas hay un dato digno de llamar la atención: la unánime desconfianza que merece la reserva del presidente de la república norteamericana en cuestión de tanta monta, cual es la de la Gran Antilla, y en la que el jingoísmo yankee tanto ha disparatado.

Es de notar que en la proclama presidencial se dice en uno de sus párrafos que se prefiere la política de no intervención en los asuntos de los gobiernos extranjeros. Si esto fuera cierto, la condenación del monroísmo resultaba casi hecha, con lo cual mucho se había logrado; pero no es el pueblo norteamericano, demasiado pagado de orgullo y de su dinero, el que desista de empeños que son su sueño dorado, y mal que pese a los deseos de su gobierno, surgirán disgustos en el exterior, pues de la teoría de Monroe se hace ya un abusivo y acomodaticio uso. — «Mi aspiración — se dice en la misma proclama — es practicar una política extranjera firme y digna, que siendo justa é imparcial, ha de ser celosa del honor nacional y ha de insistir constantemente en la imposición del respeto a los derechos legales de los ciudadanos norteamericanos en cualquier parte.»

Origen de rozamientos entre los gabinetes de Madrid y Washington, han sido las reclamaciones del gobierno yankee por pretendidos perjuicios ocasionados a los súbditos de su nación; con funesta é incansable continuidad llueven sobre nuestro ministerio de Estado, avisos amistosos sobre tal cual asunto, cuya génesis no es otra que los derechos de los supradichos súbditos, cuando no son comunicaciones para indemnizar a gentes de la calaña de los Moras, en su famosísima cuestión. Por consiguiente, si Mac-Kinley se halla dispuesto a imponer el respeto a los derechos de sus conciudadanos residentes en cualquier Estado, de forma tan justa como defiende a los que en Cuba

residen, terreno abonado para disgustos tienen los Estados Unidos.

Reconoce Mac-Kinley como el mejor recurso para aplacar discordias el arbitraje; sin duda con esto ha querido dar a entender sus deseos de paz: si tal fuera, no era escasa ventaja para la comunidad internacional. Como ejemplo se cita un caso muy discutible y vicioso: el arbitraje formado por los Estados Unidos y la Gran Bretaña en la cuestión de anglo-venezolana, surgida por la demarcación de límites de la Guyana inglesa; si en esta forma es como desean los arbitrajes en Casa Blanca, no habrá muchos gobiernos que los consentan, si están colosos de que la dignidad de su país no sufra menoscaba.

Cuando el nuevo presidente comienza a descubrir sus intenciones por los mismos hechos que realice, entonces podremos apreciar mejor la situación del porvenir; hoy todo son apreciaciones más ó menos erróneas, pero apreciaciones al fin.

Apuntes al vuelo

La angustia nos ahogaba.

De todos los labios salían frases pidiendo un caudillo que llevara a nuestros soldados a la victoria y él, dejando la tranquilidad que su alto puesto le daba, allá fué porque la patria lo pedía, en busca de nuevas glorias y con el propósito firme de perecer en el combate si no había de ser vencedor.

Las esperanzas fueran grandes. Los mantos negros que cubrían los horizontes, rasgados han sido por los dramas desarrollados en Pamplona, Sillang, Dasmariñas, Salitrán y San Nicolás.

Y cuando el sol de la victoria deslumbra con sus potentes y hermosos rayos, el caudillo, el táctico admirado, el jefe vencedor, es vencido.

No por el enemigo que se embosca y atruchera para enviar la muerte en un pedazo de plomo, sino, según unos, por ese enemigo intangible, que vence sin pelear y a quien es difícil quitar la presa y, según otros, por regateos y peticiones no atendidas.

Sea lo que quiera, el asunto es que los relanpagueos de gloria que desde tan lejanos países llegaban hasta nosotros, como nuncios de la luz limpia y purificante que los iluminaba, han cesado de verse.

Por el mismo camino que recibíamos los ecos de las aclamaciones de nuestros victoriosos soldados, ha llegado noticia, como ya saben nuestros lectores por Apuntes del pasado número, noticia que derrumba, aunque nada más sea por el pronto, el edificio que las gloriosas victorias fueron levantando.

Es un vencido, sí.

Un vencido que no abandonará el campo sin vencer al enemigo á quien fué a combatir, porque enfermo y todo, continuará dirigiendo su ejército hasta que la bandera de sangre y oro sea agitada por el viento en las torres de Cavite.

Si el clima es quien ha vencido al caudillo, reconozcamos que aún la desgracia roe nuestras entrañas.

Si son las concupiscencias las causantes de todo, reconozcamos también la existencia de esa desgracia.

Pero busquemos el remedio.

Porque lo hay. Está en manos del Gobierno y ya ha empezado a ponerlo.

Aunque no de buen grado.

Ecos Madrileños

Un héroe del Ramblazo

Aquí lo hemos tenido unos días. Su primera visita fué para el ministro de la Guerra; después ha pasado por las redacciones de los periódicos, y ha recorrido las calles de Madrid.

Los que sabemos quien era, le miráramos con orgullo y con envidia, por que orgullo causan las glorias patrias, y envidia deben producirnos los seres que han tenido la fortuna de sacrificarse por la Patria y darla una hoja más de laurel. Los que no le conocían le dan grande despierta en los tiempos que corremos un joven que viste el uniforme de rayadillo del oficial español, y que lleva en el lado izquierdo de su pecho la mas alta recompensa que desear puede el soldado.

¿Qué cómo se llama y qué ha hecho?

Seguramente lo recordarán bien nuestros lectores; se llama Manuel Domínguez Garrido, y es el sargento que mandaba los diez y seis valientes que tan heroicamente se defendieron al principio de la guerra en la caseta de tablas que tenía por nombre, fuerte del Ramblazo.

Como en su rostro se veían claramente las huellas que dejan las enfermedades conque postró a nuestros soldados el ingrato suelo de las mangunas y ciéuagas cubanas, no había necesidad de preguntarle las causas motivadoras de su regreso á la península.

Vuelve enfermo, y ya partió para Manzanilla (Huelva), su pueblo natal, en busca de salud perdida.

Sus ánimos son grandes y su único deseo es recobrar presto la salud para volver al teatro de la guerra; así nos lo hizo saber en el lenguaje franco y rudo de los hijos del pueblo.

Que á la Patria no la hagan ya falta sus servicios, cuando recobre su salud — le dijimos.

Ese es mi deseo, y el verlo cumplido no dejaré de sentir pena — nos respondió.

Exposición de Bellas Artes.

Aunque parezca mentira, lector, como consecuencia del retraso con que se publicó la convocatoria, continúan nuestros pintores sin saber si la Exposición de Bellas Artes se celebrará en el próximo Mayo.

El asunto no puede estar más colmado de sinsabores para los artistas; y en cuanto á la situación del Ministro de Fomento, debemos reconocer que es altamente censurable, porque él, sólo él, es el culpable de tal estado de cosas.

Aunque tarde, se dispuso que en el Palacio de la Industria y de las Artes sólo se hicieran las obras de imprescindible necesidad, á fin de que estén los salones en disposición de recibir cuadros en Mayo.

¿Se evitó con esto el conflicto? no, como está demostrado en la ocasión presente. El mal estaba ya causado, y como el tiempo no detiene su continua marcha, el remedio, por bueno que sea, no surtirá los efectos apetecidos.

¿A quién atender?

Unos artistas piden que se celebre la Exposición en el próximo Mayo; otros, que sea en Septiembre, y no falta quien opina que su apertura debe ser en Abril del 98, dado el cariz del asunto. Todos apoyan sus opiniones en justos razonamientos, es muy cierto; y reconociendo esto ¿a quién atender? ¿Qué resolución es la que con menos daño ha de tomarse? Unos dicen que nada tendrán terminado para Mayo; otros que en Septiembre y Octubre no está en Madrid la gente que compra cuadros, y la mayoría, que no pueden vivir hasta la primavera del año que viene, sin resarcirse de los desembolsos hechos ya para concurrir al certamen.

En fin, lector, una verdadera torre de Babel por culpa del Sr. Ministro de Fomento.

JULIO ABRIL.

Cuentos de "La Crónica"

El amor y el deber

Doña Berta era una señora que no se encontraba bien más que cuando veía los saludables efectos de la cari-

dad, que ejercía siempre más por convencimiento de su corazón que por la filantropía que impera en nuestros tiempos.

Poseída de sus santas ideas religiosas, la practicaba sin mistificaciones y sin alardes, como la predicó Jesucristo en sus acces ajenas.

Su hija Luisa, preciosa niña de ocho años, educada en medio de aquel saludable ejemplo, principiaba á imitar las mismas cualidades que tan respetada y querida por cuantos la trataban, hacían á su madre.

Un día salían de socorrer á una pobre viuda que cargada de familia agonizaba en un miserable sotabanco de la Ronda de Valencia, cuando fueron detenidas por la desfallecida voz de una niña, casi desnuda y sucia, que invocando el nombre y la desgracia de su padre, les suplicaba una limosna.

—¿No tienes mamá? la preguntó Luisa.

—No la he conocido; sólo á mi pobre padre que hace tres días sufrió una caída desde un andamio muy alto y hace muchas horas que ni siquiera me habla.

—¿Pobrecita! repitió Luisa.

Doña Berta sacó de su bolsillo una moneda de dos pesetas y la entregó á la mendiga que con lágrimas de alegría le dió las gracias.

—Mamá, dijo entonces la niña. ¿por qué no vamos con ella para ver á su padre? ¿Es tan bonita esta niña! Además, no tiene madre.

—¿Estás tu sola con tu papá? preguntó dirigiéndose á la pobrecita, que inconscientemente permanecía al lado de ellas.

—Cuando yo salgo á pedir limosna para comprarle comida, mi padre se queda solito.

—¿Quieres llevarnos á tu casa?

—Sí, señora, con mucho gusto.

Y efectivamente; á ella se dirigieron mientras las dos niñas conversaban zafamente por el camino.

Después de subir ciento y pico de escaleras, Petrita, que así se llamaba la mendiga, empujó suavemente una puerta que sólo estaba entornada, y a los ojos de Berta y Luisa, apareció el cuadro más miserable y horrible que darse puede.

Casi sin luz; una sola silla desvencijada y rota; un miserable jergón de paja donde se hallaba acostado el padre de Petrita, sin mantas ni sábanas; una cazuela grande con agua y algunas estampas de novela pegadas con pan á la pared, constituían lo más saliente.

Doña Berta se acercó adonde reposaba el enfermo, que ya no era más que un cadáver: había muerto hacia ya algunas horas y por eso no dirigía la palabra á su pobre hija.

Cuando ésta se enteró de la realidad, su dolor no reconoció límites. La caritativa señora hizo inmediatamente todas las diligencias para el entierro, y accediendo á los deseos de su hija, llevó á Petrita á su casa.

Las dos niñas eran próximamente de la misma edad, y ambas muy hermosas, aunque tipos completamente diferentes.

Luisa, rubia, de poco cuerpo, con una cara como la de una Virgen, respirando bondad; llevaba el alma en los ojos y el corazón en las manos.

Petra, una vez que entró en el nuevo régimen, que sus sucios y andrajosos vestidos fueron sustituidos por otros aseados y buenos, resultaba una moza de extraordinaria belleza.

Pasáronse dos años y al cabo de ellos, Doña Berta dispuso que su hija completase su educación en un colegio de monjas; pero el sentimiento de la joven al separarse de su amiga, fué tan grande que se vió obligada á ponerlas juntas en el mismo colegio.

Las dos eran muy aplicadas, pero Petrita principalmente hacia verdaderos prologos: en muy poco tiempo adquirió todos los conocimientos que hoy se exigen tenga una joven para llamarla bien educada.

Cuando cumplieron los 17, D.ª Berta